

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)

Tiburones y pirañas

Las revueltas aguas políticas españolas están infestadas de tiburones. Estos grandes depredadores se movían antes, con discreción, en aguas más profundas, pero ahora algunos de ellos han sido forzados a subir a la superficie, y su presencia ha causado una alarma generalizada. Las gentes han descubierto, con estupor, que las aguas ya no son seguras e inofensivas, sino peligrosas e inseguras.

Este amargo descubrimiento ha fulminado, como un rayo, el preciado bien de la confianza, y las gentes, que antes miraban el agua con distraída indiferencia, ahora la escrutan esperando encontrar en cualquier instante la siniestra sombra huidiza de algún nuevo escualo.

La comidilla en calles y plazas es la aterradora dentadura de los pocos tiburones que han podido ser arponeados, y arrancados de sus aguas, para ser mostrados a la pública curiosidad.

Los grandes escualos de la corrupción política española han impresionado de tal modo a la opinión pública, que ésta, obsesionada por detectar la aparición de nuevos ejemplares, corre el peligro de no advertir la presencia de una agresiva nube de pirañas. En las aguas marinas se enseñorean los tiburones, y en otras aguas más dulces, más tranquilas y menos profundas, hierven las pirañas.

El descubrimiento de un gran tiburón de la corrupción es siempre noticia destacable en las primeras páginas de los periódicos, y, por el contrario, el descubrimiento de una sola piraña no llega siquiera a ser noticia.

Las pirañas de la corrupción no suelen ser noticia, si se consideran de una en una, pero cuando coinciden muchas, adquieren carácter de plaga, y deben recibir tratamiento informativo proporcionado al daño que hacen.

La gravedad de los ataques por pirañas se debe a que son muchas las que atacan, a que son muy voraces, y a que coinciden en atacar un mismo objetivo.

La corrupción tiene dos caras. Según una de ellas, el beneficiario es una persona, y según otra, una organización, y siempre la perjudicada es la sociedad. Así, pues, resulta que, según este símil, las aguas infestadas son las administraciones públicas, las pirañas son las personas corruptas que en ellas anidan, los beneficiarios son, o bien los bolsillos de esas personas, o bien el partido político al cual se exceden en servir, y la perjudicada es la sociedad que genera el maná de los fondos públicos.

No es éste, ni el momento, ni el lugar de enunciar las numerosas modalidades de posible corrupción, porque muchas de

*La
corrupción
tiene dos
caras, en
una es una
persona, en
otra una
organización*

ellas son tan ingenuas y tan obvias que las advierte cualquier persona. Sin embargo, no será ocioso añadir algún ejemplo más a los que el lector se haya anticipado a recordar.

a) Un funcionario hace un gasto innecesario en folletos de lujo, en carteles, y en otros diversos epígrafes, para intentar convencer a los ciudadanos de la magnífica gestión que realiza su departamento.

La Administración pública no es una empresa que haya de estimular la venta de sus productos. Para suerte o para desgracia de los ciudadanos, los productos que genera la Administración están todos vendidos de antemano. El autobombo de la Administración con dinero público no es más que un modo de canalizar beneficios políticos hacia la imagen del partido que la regenta. Este hecho, por sí mismo, constituye ya una de las dos modalidades de corrupción. Si, ade-

más, existen comisiones en las compras o en la contratación de servicios, con beneficio personal, se añade la segunda modalidad de corrupción.

b) En otro caso, un funcionario o titular de cargo oficial, usa dinero público para hacer una excesiva remodelación e innecesaria decoración de su lugar de trabajo, para demostrar a la ciudadanía que está administrada por gente de pos-tín. Y si, al realizar esas obras y adquisiciones, cae alguna comisión o se favorece a algún conmititón, mejor que mejor.

c) También puede ocurrir que, casualmente, se creen unas determinadas vacantes de personal, y que, casualmente también, esas vacantes sean ocupadas por conmititones o sim-

patizantes políticos, los cuales —según se hace reflejar en los papeles— son, sin duda, los candidatos más idóneos.

Así pues, aparte de favorecer a alguien —que siempre es una buena obra— robustece el entramado del partido infiltrado en el poder.

d) Y ¿qué me dicen Vds. de esos gourmets, diplomados en cursos acelerados, que concentran en su panza el honor de los contribuyentes, y lo pasean con orgullo por el mundo entero, en viajes con sello oficial?.

e) En otros casos, un funcionario o titular de cargo público, consciente de la sed de cultura que tiene el pueblo español, mete la mano en las arcas de Hacienda para invitar al luce-

ro del alba, y para costearle con prodigalidad sus viajes y estancias, y para colmarle de obsequios. Casualmente, lo que viene a hacer o decir aquí el lucero del alba está estrechamente relacionado con los intereses ideológicos del partido al que sirve el anfitrión. La corrupción consiste en que, con dinero de todos se paga la extensión ideológica de solamente unos.

Todavía quedan muchas más pirañas en la charca, pero yo ya he cumplido señalando unas cuantas. Ahora sigan Vds. señalando las demás.

“Profesor de Investigación